

RESEÑAS

Henry Luque Muñoz* (Pontificia Universidad Javeriana)

Prólogo, a *Memorias de la Sabana*¹

Memorias de la Sabana, responde a una vocación literaria asumida fervorosamente por Roberto Urdaneta Gómez. Ha sido un acto de humildad y de voluntad artística el hecho de que el autor resolviera, en los últimos años, a una edad adulta, sentarse en los bancos universitarios, para rescatar la inteligencia compartida que es una de las formas más intensas y más altas de la juventud. En mi condición de amigo y profesor, entiendo esa paciente entrega al pizarrón y a los libros, como un acto de inconformidad, como una prolongación de la milenaria lucha que ha emprendido el hombre, entre las tinieblas de la ceguera y la luz del conocimiento y de una noble sensibilización hacia el mundo.

Entiendo, la escritura de este libro como una prolongación de aquel fervor universitario y al mismo tiempo, el volumen, como ese pizarrón íntimo, privado, en que el estudiante, Roberto, le cuenta al papel, como al interlocutor más leal, el balance de sus memorias, la lectura de su nerviosidad más secreta, el patrimonio de sus nostalgias y el dibujo de sus acontecimientos pasados, una memoria de reconstruir las ruinas y los monumentos particulares de ayer. Negar críticamente el pasado es una manera de redimensionar el presente con utensilios de una nueva visión, afecta al cambio y a la renovación. Por semejante camino el estudiante, Roberto, se convierte en maestro de sí mismo, no sin auxilio de lecturas vehementes y de paradigmas literarios inevitables. Escribir es el arte de aprovechar las influencias, de saquear sabiamente a los modelos. La originalidad es entonces el arte de copiar, como los amanuenses antiguos que mientras transcribían pergaminos, con frecuencia, mejoraba a sus maestros.

* Profesor del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana y de la Universidad Externado de Colombia. Traductor de literatura rusa y antologista de poesía colombiana. Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia y Magister en Literatura de la Universidad Javeriana. Urdaneta Gómez, Roberto (2002). *Memorias de la Sabana*. Bogotá: Plaza y Janés

Memorias de la Sabana, ya en su título delata, en pequeño, la contextura general del volumen. Las memorias remiten a una preocupación por los hechos que rodearon y marcaron el narrador y a sus personajes. Las memorias acogen, asimismo, un acento biográfico en que se deja sentir el voltaje de una subjetividad, una herencia, sin duda, romántica que busca afirmar el yo y sus contenidos, la conciencia del pasado, desde una mirada actual. Trazar la memoria es amasar con la fuerza de la tinta la estatura de una individualidad, exitosa o fracasada. La segunda parte del título, la sabana, nos remite a una cartografía espacial, a un paisaje que es extensión del propio hogar, a un intento por tomarle las medidas a una geografía y a sus tropiezos más determinantes.

Me parece que en la interacción entre el paisaje y el hombre se desenvuelve básicamente este libro, dotado de personajes reales que le confieren significación y ardor a una atmósfera de tierra fría. Una inquietud inevitable que se formularía el lector radica en preguntarse por qué no es *Memorias de la Sabana*, una novela. Sin duda, pertenece al género de las memorias —como su título lo indica— porque el recuerdo de lo vivido es más importante que la creación ficticia de personajes y la subordinación a estructuras narrativas complejas, a una dicción experimental. Es decir la memoria y no la imaginación está en el centro de la escritura. Si en la novela los personajes suelen ser ficticios aquí responde, en cambio, a identidades reales y quien desee seguir el rastro de personajes conocidos en Serrezuela —así como los terribles inversionistas—, hallará aquí un censo seguro. Salvo en el caso de Mariana, seudónimos precisos. Roberto ha preferido no arriesgar, ha elegido apostarle a la certeza movediza de la evocación puntual, no al desbordamiento y a la desmesura. La descripción de personajes reales, en su exterioridad, y no la exploración de caracteres con sus patologías, también aleja estas páginas de la novela. Sin embargo, sobre todo en la última parte, hay una tensión sostenida que a la sombra de una realidad kafkiana y al amparo de una resuelta y furiosa denuncia, se asemeja a la intensidad que reclama una obra de creación.

El eje de sus intenciones narrativa ha sido reunir las cartas perdidas de una historia personal, en la baraja, siempre incompleta, de un inventario novelado. Así, el lenguaje se subordinó a la memoria. Para terminar esta primera parte, señalamos que las memorias y la autobiografía, lo mismo que la crónica tienden a pensar en el lector, la novela, en cambio, no, porque está ocupada en la ficción y en el lenguaje para expresarla. Hay, en nuestros días, autores que han logrado romper la distancia entre crónica y novela, como el formidable Ryszard Kapuscinski, que en libros como *Ébano*, nos redescubre a África, con tal minuciosidad y realismo como si nunca hubiéramos sabido nada de ella.

En *Memorias de la Sabana*, el abuelo pareciera ser el narrador secreto, al menos en las primeras 173 páginas, durante las cuales él es el punto de referencia, especie de jefe de la tribu, enamorado de la cacería, cuya generosidad premoderna se niega a actualizarse. La cacería podríamos entenderla, aquí, no sólo como una práctica privi-

legiada, que requiere armas sofisticadas, tiempo libre y perros de compañía, sino como una manera de apropiarse de la naturaleza. El libro aporta un censo progresivo de aves habituales en el altiplano, algunas de ellas hoy desaparecidas. En esta primera parte, la historia vivida que se cuenta, pareciera decirnos, que lo terrestre se subordina a lo aéreo, es decir, la contemplación romántica de las aves en vuelo y su caída, como blancos móviles del cazador, colma de tal manera la atención de los personajes que el destino de la tierra pasa a un segundo plano. Tal vez el sentido visual gobierna el libro y el sentido del tacto es legible en el intenso frío sabanero que hace tiritar el volumen en no pocas de sus páginas. La presión descriptiva, la pintura narrativa de aves, rostros, parcelas, desechos, deterioros, nos sitúa ante una especie de realismo naturalista, en que el autor quisiera mostrarnos la realidad tal como existe, de una manera natural.

Así las memorias ejecutan la transición de esa especie de paleolítico de las aves, con su pintor cazador, el abuelo, pintor en el lienzo de su corazón de los sucesos de la vida cotidiana a una especie de neolítico contemporáneo, en que se sale de la casa de la subjetividad, con su cielo íntimo y el heraldo de las armas, a un paisaje deshecho, contaminado y envejecido. En una poética involuntaria del libro, me parece que los zancudos y la mosca negra presagian, simbólicamente, el arribo de la destrucción, la muerte de la tierra y el desencanto radical de su narrador. En una lectura de contenido el volumen expresa una dimensión de la historia de la sabana, en que la atmósfera bucólica apta para una gozosa contemplación se ve desvertebrada por el empuje caótico del altiplano y de la capital. Así, hay un enfrentamiento entre la premodernidad patriarcal y la embestida de una modernidad que es una mezcla de caos y racionalidad, de oportunismo y desarrollismo, invade tierras, liquida paisajes y contamina parcelas.

Este libro, cuyo espesor delata a primera vista el afán de rescatar la memoria y el ansia de contar, se apoya en autores y páginas como las de Eugenio Díaz, en aquello que tiene de costumbrista y, por supuesto, de Tomás Rueda Vargas, autores especialmente registrados en el volumen. El costumbrismo fue una derivación romántica que perseguía la afirmación de lo local, por la vía de la reconstrucción de la vida cotidiana, con sus lenguajes y sus hábitos, con su idealismo y sus limitaciones. En este marco se inscribió, hacia la mitad del siglo XIX, la tertulia del El Mosaico. Como si se interesara en seguir el ejemplo de aquel costumbrismo de antaño, pero actualizado. *Memorias de la Sabana* acoge un cruce de la oralidad, con el vocabulario típico no exento de palabras de argot y un lenguaje narrativo que quiere ceñirse a la corrección idiomática. También como parte de aquel costumbrismo el autor el autor nos informa repetidamente sobre la flora sabanera y sobre su grave designio frente al empuje atropellado del progreso.

En el narrador hay una pugna entre afán de objetividad y crispación frente a los hechos que le resultan condenables. El mayor acercamiento al deseo de objetividad está dado con la inclusión de una tabla estadística internacional, en la página 130, sobre los 7 millones de aves a las que se han anillado hasta ahora para lograr identi-

carlas y estudiarlas en el futuro. O cuando refiere alguna página de la historia de España en la página 310 y la descripción de la carrera 15 de Bogotá. Y entre los mayores énfasis de una subjetividad que se siente agredida, es palpable el repudio a la invasión de tierras, a la politiquería, a las trabas burocráticas y a la mala administración de los gobiernos de turno. Y, por supuesto, como un patrimonio de la subjetividad, está el despliegue amoroso.

Finalmente, señalaré que *Memorias de la Sabana* tiene evidentes conexiones con la crónica. En este sentido al autor le ha sido necesario organizar los datos de una memoria escrita, acudiendo en la forma a la claridad y en la intención a la sinceridad. Tomás Eloy Martínez ha dicho recientemente que <<La crónica es un desahogo para el que necesita comunicar algo>>. Por su lealtad a lo real, a este libro, como decíamos, le ha estado casi vedada la fabulación. El autor hizo de periodista, al congregarse a entrevistar el pasado. Podríamos suponer que hay tres historias sucesivas que a veces se cruzan: la del abuelo, la de la tierra y la muy personal, presidida por Mariana. Por último, es seguro que *Memorias de la Sabana* está lejos de haber sido escrita para competir con la nueva o la vieja narrativa, pues ha sido ejecutado como una carta personal. Podemos tomarlo como un diario que se extiende y que hoy, gracias a la publicación, está a la orden de ustedes.